

ANDAR, VER Y CONTAR

La provincia de Guadalajara es un referente por cuanto a pequeños municipios existen en España. Sólo Burgos la supera, con más de 600, en el número de ciudades, villas, pueblos y aldeas. Nosotros nos movemos en una cifra que todavía sobrepasa los 400, la mayor parte de ellos, inferiores a los cien en número de habitantes. Son pueblos que ahí están, casi despoblados durante ocho meses del año, y a rebotar durante los meses de verano. Viana de Jadraque es uno de éstos. Un pueblo tranquilo en donde la gente debe de vivir muy bien, un pueblo con rico pasado, que tiene un presente, y un futuro imprevisible, como ocurre con la mayoría de nuestros pueblos. Hoy dedicamos nuestro reportaje semanal a este interesante lugar en las sierras seguntinas del Alto Henares.



Unas horas en Viana de Jadraque

Plaza de la Iglesia.



JOSÉ SERRANO
BELINCHÓN

A cabo de leer en la página de prensa que conservo el reportaje sobre Viana de Jadraque que publiqué en *Nueva Alcarria* el 10 de agosto de 1984. Estoy realmente impresionado con lo que vi y con las cosas de interés que me contaron. Hace tiempo que tomé por costumbre no leer lo que escribo una vez publicado; me limito a escribirlo, con el debido cuidado siempre y algunas veces también hasta con entusiasmo, le doy el último vistazo antes de mandarlo a imprenta, y con ello considero cumplida mi misión. Pero, cuando aquello que se escribió resulta que el tiempo transcurrido lo ha ido borrando de la memoria -como es el caso que hoy me ocupa-, opto por volverlo a leer antes de emprender el camino hacia el mismo lugar, con el fin de tener una base previa en la que apoyarme. De aquel reportaje, vivido primero y escrito después hace más de veintiséis años, he tomado algu-

nas notas antes de partir de nuevo hacia Viana de Jadraque, que por su interés tendré que hacer referencia así mismo en esta ocasión, cuando tantas cosas han debido de cambiar desde entonces, y cuando el señor Saturnino, mi excelente informador en aquel viaje, tengo por seguro que ya ni siquiera existe.

Encontré al señor Saturnino junto a la carretera, a la entrada del pueblo. Estaba sentado en una silla de espadaña leyendo un libro a la sombra de lo que debió ser un viejo molino. Fue aquella una conversación improvisada, muy amena e instructiva que nos ocupó largo rato. El señor Saturnino era el paradigma de esos centenares de eruditos anónimos del medio rural, que se marcharon al otro mundo rebosantes de sabiduría, de conocimientos que con su marcha se han perdido para siempre. Y así supe por él que en la Cueva de los Moros, a dos o tres kilómetros del pueblo, hay varias sepulturas antiquesimas cavadas en la roca, que algunas tenían esqueletos dentro, pero que la gente se los ha ido llevando. También me contó que muy cerca de donde estábamos, a cuatro pasos de la carretera, hubo en tiempos que él no llegó a conocer, una fábrica de platos, y que a sus mayores había oído decir

que la tal fábrica fracasó porque el brillo de los platos les salía muy oscuro. Y abundando en la curiosidad, con la vega como testigo, el buen hombre me puso al corriente de que en tiempos de Felipe II, el rey donó los montes comunales de La Roza y de Villamil a un hijo del emir de Esmirna, quien luego

se casó con una esclava de su padre que era catalana, y que según oídas debieron venir a pasar por allí algunas temporadas. Difícil de comprobar documentalmente con tantos detalles, pero bonito de conocer, aunque sólo sea a título de leyenda. "Se non è vero, è ben trovato", si no es verdad, es bonito,

suelen decir los italianos en cosas como ésta.

En el pueblo

La subida al pueblo aparece un poco disimulada al lado de la carretera. En mi primer viaje me libré de pasar de largo gracias a mi interlocutor, el señor Saturnino,



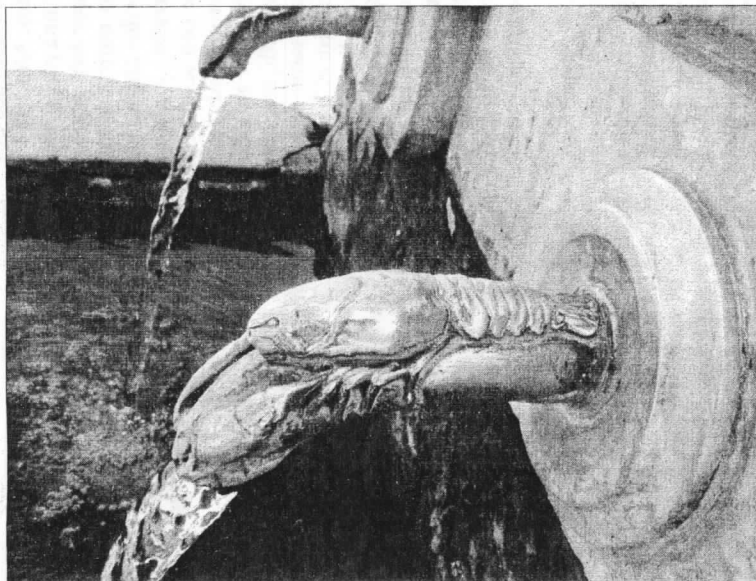
Fuente de los Caños Cangrejos.

Viana de Jadraque es un pueblo pequeño, de calles espaciosas y cómodas, algunas con un poco de vertiente, con cuevas subterráneas por las calles, algunas de ellas todavía en uso

que encontré por allí casualmente como antes se ha dicho. En esta segunda ocasión no pude evitarlo y me pasé de hecho, seguí carretera adelante con dirección a Huérmeces hasta que al dar me cuenta de que llevaba un par de kilómetros sin encontrar pueblo alguno, opté por volver atrás hasta que encontré el ramal de entrada al otro lado de unos árboles.

En Viana de Mondéjar, ya con las primeras casas a la vista, al final de una leve subida uno se encuentra con una placita en donde está el lavadero, una de las muchas cuevas o bodegas subterráneas que después encontraría por todas partes horadando el subsuelo, y la fuente en mitad. Recuerdo cómo cuando vi esta fuente por primera vez, me llamaron mucho la atención los dos cangrejos de plata en tamaño natural adulto que hay por encima de los caños: "Los caños cangrejos han sido donados por Mariano Caballero. Año 1933", está escrito sobre una placa, plateada también, que hay pegada sobre el pequeño muro frontal por encima de los dos caños. Me resultó muy extraño, y ahora todavía más, que con setenta y siete años de antigüedad, una guerra por medio, y que aquello se encuentre todavía allí, un poco desgastados quizá de tanto tocarlos, pero tal como eran: «Cuando los pusieron -me explicó por entonces el señor Ambrosio Tello, uno quiero recordar de los que aparecen en la foto retrospectiva de 1984- los cangrejos tenían sus barbas y todo. Se los quitó hace muchos años una gitana, y una pata también.»

Por lo demás, y pasados los años, me encuentro en Viana con un pueblo pequeño -Vianilla dice el Madoz que le llamaban dos siglos atrás-, de calles espaciosas y cómodas, algunas con un poco de vertiente, con cuevas subterráneas por las calles como antes dije, algunas de ellas todavía en uso, que la gente emplea para guardar las patatas durante todo el año, algún que otro producto de temporada, antiguos enseres de los que en otro tiempo sirvieron a sus dueños cuando a las bodegas se les daba el uso que debieron tener durante toda la vida, es decir, la fabricación, tratamiento y conservación del vino de sus propias cosechas. Las



Detalle de la fuente de los Caños Cangrejos.



Antiguas bodegas subterráneas.



Retrospectiva de Viana. Año 1984.

viñas de Viana y de varios pueblos más de la comarca, desaparecieron de sus campos hace muchos años, posiblemente cuando la epidemia de filoxera del año 1917, tiempo en el que murieron prácticamente en su totalidad las viñas de una parte considerable de la provincia, sobre todo de esta comarca vecina ya de la Sierra Norte. Después se intentó reponer lo perdido, incluso con especies de vid más resistentes al frío y a las enfermedades propias del viñedo; pero todo fue inútil, tuvieron que desistir porque las uvas no llegaban a colmo, y las que parecían conseguirlo servían

de pasto para los pájaros. Como vestigio de aquella actividad, ya tan lejana, son estas bodegas subterráneas el mejor documento, a las que habría que unir los varios centenares de ellas que con frecuencia advertimos al pasar por los alrededores de muchos pueblos de la Alcarria.

-Oiga, y en algunos sitios también las usaron como refugio, cuando los bombardeos en tiempo de guerra- me explica un señor al que encuentro sentado al sol junto a la puerta de una cochera o almacén.

-Ya lo creo que sí. En algunos pueblos no muy lejos de aquí,

tuvieron que esconderse en las cuevas más de dos veces.

En Viana pueden vivir en estos momentos y de manera continua veinticinco o treinta personas. El censo ligeramente supera el medio centenar, pero como en casi todos los pueblos, muchos de ellos trabajan y viven fuera.

Por encima de las casas destaca de manera visible el campanario de la iglesia. Es otra característica del lugar el gran número de piedras labradas que tienen como cargador sobre las puertas y ventanas muchas de las viviendas del pueblo. El último hombre con el que hable también se extraña de que los antiguos echasen manos de esas piedras tan grandes y tan difíciles de colocar, con la cantidad de buena piedra de toba que hay en todo el término.

En cambio, por los alrededores y en plena vega del Salado proliferan los chalés, las modernas construcciones para el verano y para los fines de semana que, como en todos los pueblos con alguna rara excepción, han sido levantados durante los últimos veinte años por los oriundos e hijos del pueblo que viven fuera y que algún buen día se dieron cuenta de que nada hay mejor para el descanso y para la vacación que la tierra de origen, un fenómeno social de última hora que, cuando menos, ha servido para perpetuar la vida de los pueblos.

Desde lo que en el pueblo se conoce como la Era del Tío Parrilla, el panorama que ofrecen los campos es a estas horas de la mañana de una belleza indefinible, un inimaginable juego de contrastes que pone al mismo tiempo delante de los ojos lo abrupto de los cerros lejanos y la augusta suavidad de la vega, el gris ceniza de las peñas en la media distancia y el fresco ribereño que viene hasta nosotros en débiles vaharadas con un saludable olor a campo.

Por los cielos transparentes de Viana de Jadraque otean, describiendo círculos, unas cuantas parejas de buitres llegados de poniente, pienso que de las peñas del cerro Lutero de Huérmeces, en donde anidan y se reproducen.



PEDRO VILLAVERDE EMBID

>> PUNTO DE VISTA

Don Valentín García Yebra

Hombre de extraordinaria talla cultural y exquisito trato personal, discreto, amable, sencillo, elegante, cordial, con la educación propia de alta alcurnia, de conversación fluida. Así recuerdo la figura del académico de la Real Academia de la Lengua, don Valentín García Yebra, fallecido este lunes. Aunque sabíamos que en el último año su salud había quebrado definitivamente tras mantenerse en activo y en buena forma física y mental hasta superada la barrera de los noventa, la noticia de su desaparición, a pesar de esos 93 años, nos deja esa sensación real de que se ha marchado un personaje de una talla especial, "un verdadero regalo para todos", en palabras, tras conocer el fatal desenlace, del presidente de la Fundación Siglo Futuro, Juan Garrido, con quien mantuvo una relación casi familiar durante los 17 años que prestó a esta entidad cultural ejerciendo el cargo de presidente de honor, asistiendo a numerosos actos en nuestra ciudad y trayendo a numerosos compañeros académicos, escritores e intelectuales como el mejor de los enlaces. Su inquietud cultural, su interés por la actualidad, su amor a los libros y su cariño a nuestra ciudad hizo que trabase amistad con Salvador Embid y por extensión con toda mi familia. Mis casi diez años en la junta directiva del entonces Club Siglo Futuro agrandó esos lazos. Junto a él la figura dulce, encantadora de su hoy desconsolada esposa. Catedrático de Griego, era uno de los más prestigiosos traductores del mundo, especialmente de autores clásicos de la antigüedad. Sus publicaciones son innumerables como sus premios, entre ellos el Premio Nacional de Periodismo Miguel Delibes en 2004 por el artículo *Desajustes gramaticales* publicado en ABC. Figura irreplicable, miembro de una generación de personas polifacéticas, vocacionales, incansables trabajadores y de gran fortaleza moral. Esperemos que Guadalajara, que en vida le rindió algún tributo, le recuerde de alguna manera tras su fallecimiento para que su nombre no caiga en el olvido de la memoria colectiva. Descanse en paz don Valentín y hablando de distinciones, gratitud por nuestra parte a la Diputación por esa Medalla de Plata, aunque seamos casi ya de diamante, entregada a nuestro periódico por su encantadora presidenta este mismo miércoles.